

## **Adiós a los *Uro***

Hace una docena de años o poco menos hubo en Lima una curiosa exposición de balsas, velas, piedras de fondeo, redes, trampas de paja, boleadoras de madera, cestas, mazos, zamponas y otros instrumentos y herramientas pobres. La materia que abundaba más en ella era la totora, de la cual estaban hechas las balsas. No hacía mucho tiempo que yo había llegado por mar al Perú y no había pasado todavía de Chosica. Aquella exposición de cosas del lago Titicaca fue para mí como levantar la punta del telón invisible que es Lima con las otras ciudades y los desiertos de la costa en este grandioso y revuelto escenario del mundo, donde el viento se detiene y corre la tierra, a la que damos ese suave nombre de Perú. Entonces no me di cuenta sino de que Lima y la costa son un telón y el auténtico país se halla detrás, pero me quedó hincado el vago deseo, hasta aquella exposición, de penetrar en él. El deseo turista se convirtió dentro de mí en pasión de conocer, no aprovechadamente por su valor geográfico o su valor etnográfico, no por la noble pasión del estudio. Confieso, sin que me dé ninguna vergüenza, que mi pasión por el grandioso y pobre Perú era de conocer por conocer, como se conoce a lo que antes se decía un paisaje, como se conoce a un amigo; y la he satisfecho todo lo que he podido, menos, mucho menos de lo que he querido, porque viajar por un país pobre es caro y yo soy más pobre que mi amigo el Perú, no tengo ni metales, ni algodón, ni café, ni siquiera pisco; sin embargo, me parece que escasas personas se habrán enajenado más que yo en la campana neumática de las punas celestes, en el laberinto de los Andes peruanos, en el mar hecho jirones de la selva, en el palacio encantado de cristal de las quebradas. Todo esto se lo debo a los *Uro*; mas, cuando estaba en el lago Titicaca, apenas pude conocerlos, apenas quedaban.

Sabía por el doctor Jehan Vellard, especialista en ellos, que eran un grupo étnico reducido, menospreciado de siempre por los otros que le rodeaban, los aymaras y los quechuas, y les iban insensiblemente eliminando de las tierras bajas y pantanosas donde se habían refugiado en una miserable vida lacustre, cada día menos posible; esas mismas tierras hostiles, cómplices de su desgracia, desaparecían bajo sus pies, bajo sus barcos vegetales, recuperadas en beneficio de los otros por la sequía del lago. Hubieran tenido que convertirse en volátiles para subsistir. Es un fenómeno universal el de las razas malditas. Se ha dado dondequiera, en el lago y en la sierra. Entre España y Francia, en los Pirineos ha existido hasta nuestro tiempo una raza maldita famosa, los Argotes, a quienes se les hacía responsables de todos los males, se les acusaba de asistir a los aquelarres y celebrar pactos con las brujas, de robar a los niños y asesinar a las doncellas; se les prohibía entrar en las iglesias por las puertas de todos, y todavía se encuentran iglesias pirenaicas con la puertecita aparte que había para ellos; habitaban, desde luego, en un barrio apartado de los demás y si aparecían por rara ocasión en una calle de éstos todas las puertas se cerraban, se les percibía de lejos, estaban obligados a llevar muy a la vista una señal que en algunos pueblos era la cruz gamada, la misma que, en cambio, en Alemania fue una marca no de humillación, de exaltación, con Hitler, quien acaso no los hubiera condenado a los hornos crematorios, como a los judíos y a los gitanos, pues se reprochaba a los Argotes por paganía y él se creía pagano.

Estos pueblos inaceptados han tenido que aceptarse a sí mismos como se les veía, con su humillación, tenían lo que ya no se llama complejo de inferioridad, pero tenían también, naturalmente, su compensación. El prototipo de ellos, el pueblo judío, dio vida a la suprema idea religiosa del Dios único que acabó con los olímpicos de los demás pueblos, mató a todos los dioses, animales humanos, incluso a su propio hijo cuando se hizo hombre. Y quien mejor a seguido tal idea hasta más allá del antropomorfismo de la divinidad ha sido un judío expulsado de la sinagoga, por cierto un español, descendiente de emigrados españoles en Holanda, un obrero pulimentador de cristales ópticos, Espinosa, que en la fonética extranjera ha perdido la “e” y ha convertido en zeta la ese de la sílaba final de su nombre.

Se considera que los *Uro*, de origen melanesio, llegaron con las primeras migraciones de hombres a la parte del continente que hoy llamamos América del Sur. Eran recolectores, poseían escasos medios, no pudieron evitar que los pueblos agricultores que llegaron después, con más medios, se apoderaran de las mejores tierras, y empezó su reprobación. Tuvieron asimismo su compensación. Según el doctor Jehan Vellard, los *Uro* se reconocían inferiores a los otros hombres, mas, al mismo tiempo, se creían orgullosamente anteriores a ellos no sólo en el tiempo, en el ser, se creían una especie de ante-hombres. El doctor Vellard llevaba la cuenta de los que iban quedando. Cada vez que volvía de verlos, yo le preguntaba con ansiedad: “¿Cuántos quedan?”, “veinte”, “quince”, “diez”, “pero hay dos desaparecidos que he encontrado en una fábrica”, eran sus respuestas. La última vez que le he preguntado me ha dicho moviendo la cabeza: “No queda ya ninguno”. Ha desaparecido una de las razas más antiguas del Perú llevándose un secreto. Los últimos *Uro* se habrán dispersado. Mañana se irá en autobús junto al hijo de un *Uro* sin saberlo y sin que él sepa que es el descendiente de una raza antigua, de las más antiguas, pero nunca aceptada, como si hubiese infringido las leyes de la inmigración.

(*Expreso*, 15 de noviembre de 1961)